

UNIDOS... ¿PODEMOS?

Reflexiones sobre el panorama electoral

MAR LLERA

Profesora Titular de la Universidad de Sevilla

Cuando éramos críos nos embelesaban los cuentos; al llegar a la edad adulta seguimos gozando de ellos, pero nos da vergüenza reconocerlo. Por eso a veces los niños son más lúcidos que nosotros. El ser humano ha sido definido como animal racional e incluso como cosa que piensa (*res cogitans*), voluntad de poder, pulsión inconsciente y buscador de sentido. Pero no deberíamos olvidar que, además, el hombre es ese ser que sueña: contador de cuentos, creador de mitos, tejedor de leyendas... y perpetrador de pesadillas.

Entre todas las ficciones que conmueven al ser humano y le imponen un guión como actor en el drama social —dinero, éxito, narrativa mediática, cine, espectáculos deportivos...— la política es una de las ilusiones más esenciales, porque constituye uno de los pilares de cualquier civilización. Su puesta en escena articula arquetipos, fábulas, quimeras, fantasías..., todo tipo de ensoñaciones aderezadas en una mixtura que difumina las fronteras entre lo imaginario y lo real. España vive en estos momentos la embriaguez de ese estado.

A las vísperas de unas elecciones generales tan reñidas como las que se aproximan, tenemos dificultades para discernir dónde empiezan nuestras aspiraciones y donde acaban nuestras posibilidades reales. Querríamos un mundo justo donde los políticos no nos mientan, los bancos no nos roben y las empresas no nos exploten... o nos manden a casa para dejarnos de brazos cruzados —lo que es todavía peor. Sin embargo, sospechamos que la realidad va siempre por otros derroteros y, votemos a quien votemos, ya no nos fiamos de nadie.

Si las encuestas no se equivocan demasiado, nos espera un tórrido verano de acaloradas negociaciones, donde la verdad quedará en tablas con la mentira porque no se la va a llamar por su nombre y porque la realidad será retorcida en la fragua retórica. Indudablemente, nuestro panorama político adolece de falta de honestidad y además exuda complejidad. Cuando



no podemos distinguir nítidamente entre buenos y malos, sinceros y torticeros, honestos y lastrados por la corrupción... nos sentimos desconcertados. Pero, para nuestra desgracia, la condición humana es así, vivimos en *Blanco, negro y todo lo contrario* (Llera, 2012) —como expliqué hace ya tiempo en un ensayo.

Todos los partidos, de distintos modos y en diversas escalas, exhiben en sus credenciales méritos dignos de consideración junto con miserias deplorables. Los hasta ahora mayoritarios —PP y PSOE— llevan consigo el estigma de una larga biografía trapacera, aunque la «memoria histórica» falle de modo intermitente en beneficio de los demagogos. En cualquier caso, la ciudadanía se siente cada vez más indignada ante el capitalismo voraz, las instituciones que lo veneran y los cargos públicos consagrados a tan profana devoción. En este sentido, el Partido Popular, a pesar de sus indudables logros macroeconómicos —eso sí, pagados con sudor y lágrimas ajenas— todavía no ha aprendido el lenguaje del pueblo y ni siquiera gusta a sus votantes. Goza la ventaja, con todo, de que su tradicional adversario no levanta cabeza. Hace poco *The Economist* dedicaba un amplio reportaje al declive de la socialdemocracia en el mundo desarrollado: decía que sus objetivos ya no inspiran ninguna

vanguardia porque en parte han sido alcanzados y en parte rebajados para acomodarse a las directrices del poder financiero. Y si tienen dudas, que se lo pregunten a Pedro Sánchez... o se lo recuerden a Pablo Iglesias, cuando trata de pescar en ese mismo caladero, haciendo un nuevo alarde de travestismo.

Ciudadanos es, en ciertos aspectos, la organización menos controvertida dentro del cuarteto electoral. Pero su negativa inicial a pactar con el partido más votado en las elecciones del 20-D, sus romances socialistas a nivel nacional y regional, así como su aguada gestión en Andalucía... confunden. Muchos desearían que no se moviera tanto para poder hacerle una foto y saber cómo es verdaderamente. A pesar de su clara apuesta por las políticas sociales, los medios nacionales suelen ubicar a Ciudadanos en el centro-derecha debido a su fe en la economía de mercado y su defensa acérrima de la unidad de España. Sin embargo, las cabeceras internacionales lo califican de «liberal» en su sentido anglosajón, es decir, lo consideran un partido de izquierda moderada. Indiscutiblemente, sus actuales tácticas para conseguir el poder evidencian un sesgo zurdo; sin embargo, prevalece el balanceo «*in-between*», una ambivalencia tan prometedora como inquietante.

En el caso de Podemos, la mayoría de los españoles —incluidos muchos militantes y ex cargos políticos del propio partido— ya no tenemos duda. Lo que nació como una vanguardista expresión de tecno-política y movilización ciudadana, una innovadora utilización de las redes sociales para capitalizar la indignación del 15-M y abrir cauces a otro modelo de democracia, más participativa y directa, ha ido poco a poco biodegradándose en ese medio bacteriológico que es la cruda realidad.

Podemos representa ahora mismo un desafío sin precedentes, más allá de lo que se aprecia a primera vista. Porque no es sólo un cuestionamiento radical del papel de los mercados, de Europa y su *Troika*, de los poderes establecidos, los partidos tradicionales, el orden constitucional y la unidad de España. Podemos es, ante todo, un interrogante para sus propios votantes, para sus afiliados, para sus dirigentes..., para sus «creyentes».

Si Íñigo Errejón pudiera hablar con la libertad con que se ha expresado Emilio Delgado Orgaz, ex Secretario de Organización del Consejo Autonómico de Madrid, al presentar su dimisión el pasado 7 de marzo... lo entenderíamos mejor. Pero cuando el principal co-protagonista de la narrativa podemita entendió que su mano derecha, Sergio Pascual, había sido fulminado por decisión del «Líder», ni siquiera pudo defender su gestión ante una asamblea. ¿Dónde están ahora esos Círculos que

deshacían en elogios a la prensa internacional? ¿Dónde queda esa *grassroots, participatory democracy* que pasará a los anales de la Historia?

Podemos es un interesante experimento de alquimia: quisimos convertir en realidad nuestros mejores sueños... y ahora nos agitan las pesadillas. Porque eso son las invectivas leninistas de Pablo Iglesias, sagazmente focalizado hacia la conquista del poder, frente a las consideraciones éticas de muchos de sus seguidores. Eso son sus ambiciones para controlar las instituciones estratégicas del Estado —servicios de inteligencia, poder judicial, fuerzas de seguridad...—, para escándalo de las asociaciones de jueces progresistas, desde la Vicepresidencia que quiso alcanzar mediante un abortado pacto con el PSOE. Eso son también los conatos de involución democrática que encarna la proyectada Agencia de Integridad y Ética Pública de Aragón, que difumina los límites entre los tres poderes, atribuyéndose funciones propias del judicial. Y pesadillas son, indudablemente, los acercamientos a fuerzas separatistas que contradicen la esencia misma de la izquierda, cuando apelan a diferencias culturales para encubrir la promoción de desigualdades socioeconómicas. En definitiva, Podemos integra problemáticamente varios vectores contradictorios: el que apunta hacia el empoderamiento ciudadano y el que exalta un liderazgo populista; el que demanda participación, pluralismo, y el que aboga por un modelo de democracia organicista con ribetes totalitarios; el que exige la cohesión social y el que apoya la autodeterminación segregacionista.

«La batalla de verdad va a comenzar cuando lleguemos al poder» —acaba de declarar Anguita. Pero, teniendo en cuenta todas las tensiones que acabo de enumerar y recordando que en los últimos meses Podemos ha padecido graves crisis al menos en seis comunidades autónomas, incluida Andalucía, con divisiones en cinco provincias... yo, sinceramente, no sé si a España lo que ahora mismo le conviene es un gobierno que provoque todavía más batalla.

Llegados a este punto, pienso que el vertiginoso ascenso de Podemos es consecuencia de un gran malentendido por parte de muchos de sus seguidores, confundidos en un laberinto de solapadas ensoñaciones. La política del travestismo continuado, del irrefrenable zig-zag, del coqueteo promiscuo entre la transversalidad social, la casta socialista y la izquierda comunista, el constante cambio de programa hasta llegar incluso a la «derechización» del partido —según muchos desafortunados...; todo ello debería pagar su precio en las urnas. Pero no estoy segura de que vaya a ser así. Porque muchos hombres-niños se echarían a llorar si, de repente, se les acabara el cuento. 